

(gem)STONE FEMMES. Una mirada *femme*-inista sobre la artificialidad, la objetualización y la sumisión en los imaginarios de la feminidad.

(gem)STONE FEMMES. A *femme*-inist look at artificiality, objectification and submission in the imaginaries of femininity.

ANDREA CORRALES DEVESA

Universitat Politècnica de València

info@andreacorrales.art

ORCID: 0000-0003-0001-2063

Recibido/Received: 31/12/2024. Aceptado/Accepted: 29/04/2025.

Cómo citar/How to cite: Corrales Devesa, Andrea (2025). (gem)STONE FEMMES. Una mirada *femme*-inista sobre la artificialidad, la objetualización y la sumisión en los imaginarios de la feminidad. *MariCorners: Revista de Estudios Interdisciplinarios LGTBIA+ y Queer*, 2(2), 285-314. DOI: <https://doi.org/10.24197/mcreilq.2.2025.285-314>

Artículo de acceso abierto distribuido bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](#). / Open access article under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](#).

Resumen: El presente artículo entra en discusión con los relatos contemporáneos alrededor de la feminidad como un problema persistente en los movimientos de emancipación de género (feministas, lesbofeministas y *queer*). Se plantea abordar estas feminidades desde el prisma feminista, concretamente desde sus espacios de marginalidad política, estética y económica: las feminidades trans*, las feminidades de las trabajadoras sexuales y las feminidades sumisas en contextos de BDSM. En estos territorios de marginalidad se identifican cuestiones irresueltas transversales a los análisis feministas sobre la feminidad como son la artificialidad, la objetualización y la pasividad (*stone*), a partir de su aparente confrontación con el proyecto emancipador del feminismo hegemónico. El texto propone una reevaluación de la feminidad desde las existencias y resistencias *femme*, a partir del análisis cultural y político en su articulación con los nuevos materialismos feministas, las aproximaciones *queer* y las teorías radicales del sexo.

Palabras clave: emancipación, feminismo; feminidad; *femme*, objetualización.

Abstract: This article discusses contemporary accounts of femininity as a persistent problem in gender emancipation movements (feminist, lesbofeminist and *queer*). We propose to approach these femininities from a feminist prism, specifically from their spaces of political, aesthetic and economic marginality: trans* femininities, the femininities of sex workers and submissive femininities in BDSM contexts. In these territories of marginality, unresolved issues transversal to feminist analyses of femininity such as artificiality, objectification and passivity (*stone*) are identified,

based on their apparent confrontation with the emancipatory project of hegemonic feminism. The text proposes a re-evaluation of femininity from femme existences and resistances, based on cultural and political analysis in its articulation with the new feminist materialisms, queer approaches and radical theories of sex.

Keywords: Emancipation, Feminism; Femininity; Femme; Objectification.

INTRODUCCIÓN

En la mayoría de la literatura revisada que aborda las subculturas *femme*¹/*butch*, la preocupación acerca de los modos de historiografía, el tiempo y sus usos, es recurrente. Ann Cvetkovich en *Recasting receptivity: Femme sexualities* (1995) empieza por honrar el trabajo de autoras clave en las genealogías *femme* como Elizabeth Kennedy, Madeline Davis y Joan Nestle por haber mantenido viva la cultura y el legado *fem/butch*, pero toma una distancia:

En lugar de permanecer sellados en el pasado, los documentos y testimonios que leo aquí, que tanto tienen que ver con el tacto y la receptividad, me tocan en el presente a medida que amplían y transforman mis vocabularios y experiencias (1995, p. 127-128).

En *Masculinidad femenina* (1998/2008), Jack Halberstam recupera la crítica a las metodologías de la historia de Michel Foucault, reivindicando

¹ *Femme* y *fem* se utilizarán en el texto de manera indistinta, pues las dos grafías de la palabra son válidas. La activista y referente *fem* Joan Nestle utilizará *fem* siguiendo el deseo de poner en valor la experiencia situada de su propia historia como *fem*. Tal y como ella misma cuenta en su texto “Forward” (2011), cuando empezó a enunciarse como *fem* a finales de los años 50 en los Estados Unidos, no sabía que provenía del francés y que se escribía *femme*, por lo que lo escribía como sonaba en inglés. En el Estado Español, Laia Lloret Veciana y yo misma hemos activado políticas y estéticas *fem*, y hemos reivindicado su grafía incorrecta por su similitud en catalán con *fem*, es decir, basura o restos. En el fanzine de 2015 *FEMS AQUÍ! Reflexiones sobre lo fem desde una perspectiva transfeminista y queer en el contexto de Karcelona 2013-2015*, hacemos una relación directa entre la feminidad *fem* y aquello que se considera no válido o sobrante dentro de las economías capitalistas y patriarcales: «fems somos vistas como aquello que no vale, /o que si vale, /es a pesar de ser fem /preferimos ser la basura, lo que no vale, lo blando, lo que llora, que da y pide cuidado, que come y sueña riendo fuerte y todo lo agudo que sea necesario.../ preferimos eso/a perpetuar/los valores/del patriarcado/capitalista/capacitista/y borde./las fems somos basura/para el capitalismo/para el productivismo/para el binomio genitalista». Véase Corrales Devesa, Andrea y Lloret Veciana, Laia (2025). *FEMS AQUÍ! Pensar el transfeminismo desde lo fem/femme*. Avenate.

una «historia del presente» que no configure un continuo alucinatorio al servicio ni de la nostalgia ni de la idea de progreso: ni todo tiempo pasado fue mejor, ni tampoco nos encontramos en el mejor momento de la historia por considerarse el presente un resultado sumativo de las hazañas del pasado. Hay pocas cosas más claras que la inexistencia de una transformación evolutiva, aprendizaje o pedagogía: no existe futuro, en este sentido, para aquellas que nacimos sin él, aunque fuera hace cientos de años. La convivencia intertemporal que provee la concepción del trauma articula *Un archivo de sentimientos. Trauma, sexualidad y culturas públicas lesbianas* (2003/2018) de Cvetkovich, y configura un mapa mudo de aquello irreductiblemente irresuelto, pero materialmente aquí, como m/i estómago. Una suerte de persistencia. Persistente es como Joan Nestle caracterizó el deseo *fem/butch*, y con persistencia se mantienen las tensiones y los debates siempre irresueltos acerca de la feminidad. Y toda persistencia tiene una fisicidad, una materialidad. En nuestro cuerpo o en nuestras producciones culturales, hay ciertas rocas (*stones*) que se erosionan lenta y silenciosamente. Como se recupera en el proyecto *Piedras preciosas* (Egaña y Salgueiro, 2020), la identidad *stone* se caracteriza en función de prácticas que «no hace». Partiendo del análisis de esta particularidad de negatividad identitaria articulada en *Masculinidad femenina* (Halberstam, 2018, p. 149), quisiera detenerme en las problemáticas de lo *stone* aplicado a lo *fem* y a sus itinerarios que resisten al paso del tiempo. *Stone fems* que se definen también por lo que no hacen: piedras cuya preciosidad es el resultado de una transformación pasiva de su propia fuerza de trabajo, una «sedimentación de la historia» (Ahmed, 2010, p. 246), un cuerpo-archivo «que no hable el lenguaje de la acción y del impulso, sino que se articule en términos de evacuación, rechazo, pasividad, disolución, inexistencia» (Halberstam, 2011, p. 138) y que en el camino aprenden a apreciar los tonos mate, la convivencia entre otras, la suavidad, la humedad que abraza y reinventa una y otra vez ese deseo persistente, terco, pesado, silencioso, opaco y circular.

1. EL ARTE FEM DEL FRACASO

Durante el actual ciclo político he observado un llamado persistente a cuestionar las categorías de género. Esto no es algo nuevo, sino propio de los movimientos de liberación, que han emprendido la tarea permanente de desmitificar la substancialidad atribuida a determinadas categorías sociales que nos ordenan en base a un régimen de jerarquías. El racismo,

el machismo o la transfobia pasa inevitablemente por identificar y compilar una serie de discontinuidades bajo una categoría, creada precisamente para ejercer dominio sobre ella a partir de su naturalización. En el caso del feminismo, esta tarea se ha traducido en el cuestionamiento sobre qué es eso de ser mujer*², elaborando diferentes respuestas que enmarcan unas ramas de pensamiento frente a otras. En su vertiente más o menos constructivista, sí hemos aceptado colectivamente que existe una serie de operaciones sociales que someten a las mujeres* en base a criterios de emancipación, libertad y empoderamiento.

Desde las agendas internacionales hasta las asambleas de barrio, existe un abrumador consenso hacia la ruptura con la feminidad como un paso fundamental de emancipación de las mujeres*. Para ello se han invertido roles como estrategia de lucha, abrazando la masculinidad por ser una agrupación de prácticas, saberes y economías que se han mantenido en exclusividad para el beneficio de las masculinidades hegemónicas. Esto ha permitido históricamente la toma de ciertos lugares de poder para algunas mujeres* pertenecientes a determinadas clases, lo que se ha considerado un logro del feminismo y, por ello, una victoria de sus estrategias. En diferentes escalas, las mujeres* seguimos definiendo el rechazo a la feminidad (y a todo lo que se le atribuye) como valioso en nosotras y en otras. Esto tiene un relato macro muy visible en la calle, en el trabajo regulado, o en las producciones culturales feministas que se despliegan reconfigurando la representación de personajes femeninos a partir de una reordenación/cuestionamiento/abandono de los atributos ligados a la feminidad. Por ejemplo, en la superproducción *Barbie* (Greta Gerwig, 2023), donde la emancipación deviene del distanciamiento literal de la condición de objeto de la muñeca. Hablaré de la objetualización y la feminidad en el siguiente punto.

Los feminismos de nuestra era, también lo que se ha construido como políticas trans* feministas en nuestro contexto, se han conformado a partir de una «reapropiación» de la masculinidad, considerando este

² En una operación similar a las impulsadas por los movimientos trans* e intersex latinoamericanos y del Estado español (Cabral, 2009; Platero, 2014), se utilizará el asterisco para ampliar categorías identitarias que se consideren a complejizar. No será la primera vez que las teorías, existencias y perspectivas trans* amplían la comprensión de todes dentro del sistema sexo-género.

desplazamiento una fórmula revolucionaria en sí misma³. «La testosterona es dinamita para el régimen heterosexual» (Preciado, 2008, p. 151), y ¿quién no quiere dinamitarlo? En nuestras pequeñas guerras del sexo, invocábamos el poder de la masculinidad en todos los ámbitos: estéticos, discursivos, organizativos y también sexuales. Vanagloriábamos la violencia, el pogo, la acción directa, la promiscuidad, el sexo duro y el BDSM. Recuerdo que nos poníamos testogel® para salir de fiesta, mientras otras se medían la profundidad de la vagina. En este contexto, las feminidades se encontraban literalmente en el punto de mira, siendo foco de desconfianza: nunca se tuvo al mismo nivel la posibilidad de la feminidad —igual que la masculinidad— para ofrecer un camino de emancipación ni en el colectivo sexodisidente ni para las mujeres*, en parte porque había una articulación muy cis y muy plana de la feminidad, lo que descubre la homogeneidad que nos envolvía en un circuito antes-después (de la emancipación)/dentro-fuera (de la caverna). Esta depreciación de la potencia política de la feminidad ha sido una constante dentro de los movimientos revolucionarios de la izquierda clásica, y de los movimientos de liberación gay, que se ha traducido en una hegemonía de la masculinidad y persecución de la pluma marika, reivindicada por las marginalidades de lo gay, pero constantemente relegada al escenario y/o a la persecución (Subrat, 2019; Corrales, 2023). Por otro lado, las perspectivas *fem* no se consideran útiles tampoco desde los circuitos heterosexuales, a pesar de ser una estrategia más que válida de resignificación (Harris y Crocker, 2013). Diferentes autoras remarcan el carácter blanco y de clase media que constituye el feminismo hegemónico, que choca directamente con las existencias *fem*, más propias de las clases bajas, géneros disidentes y su intersección con la racialización o la norma sexual. Judith Butler en *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad* (1990/2007) analiza las identidades *fem/butch* no sólo como una forma de deseo lésbico, sino que «otorgan nuevos significados a las categorías hegemónicas que las crean» (2007, p. 245) —la masculinidad y la feminidad en el sistema heterosexual—. Aunque lo *fem*

³ Coexiste también un deseo por reapropiarse de la feminidad «cabaretera», una feminidad «al límite», una feminidad entonces llamada «puta», una «perversión» de la feminidad que partía de una problematización de su sola existencia y que en el fondo lo que se buscaba era destruirla: «Con la feminidad, que al fin y al cabo es el lote con el que nos han colado a las tías millones de cosas que tienen que ver con la sumisión, mi opción ha sido, a nivel estético y a nivel político, cogerla y cargármela haciendo lo que a mí me sale del coño» (Ziga, 2010, p. 23) T.L.

tiene que ver sin duda con una existencia *queer* (disidencia sexual o de género), impacta en todos los cuerpos e identidades que se articulan (por deseo o por mandato) a la feminidad. En cualquiera de los casos (*queer* o hetero), se ha aceptado como un origen que es necesario abandonar.

Dentro
las barbies
fuera
las barbas
de pirata
para piratear el género [...]
(Disidente, en Hybris, 2021, p. 151)

Aunque la feminidad no ha sido completamente extirpada, sí queda claro que no es valiosa por sí misma, sino en relación con un desplazamiento, a su abandono. La feminidad nunca es un lugar para permanecer. Una feminidad gay o incluso una feminidad de hombre hetero-cis puede verse más progresista que las feminidades de las fems. En este sentido, la feminidad de las mujeres* (trans* y cis) se consideró por mucho tiempo como una «práctica represiva pre-feminista» (Bunch y Myron, 1975; Fadernann, 1991; Jeffreys, 1993) donde se nos alineaba con tendencias reaccionarias y prácticas subdesarrolladas. En el Estado español, el colectivo de lesbianas feministas de Barcelona en 1986 hablaba de la pluma lesbiana como «tías fuera de los "moldes femeninos" tradicionales» (Berraondo, 1986, p. 1). Así, se describía la feminidad como un lugar atrasado y antiguo que requiere ser «emancipado»: ante la pregunta «¿Qué tipo de mujeres vemos en un bar de ambiente?», y en referencia al famoso Daniel's⁴, se indica: «Mujeres que en un inicio de entrar en el ambiente son muy mujer-objeto-maniquí, y luego van cogiendo un aspecto más "propio-autónomo" ⁵ » (1986, p. 2). La

⁴ El bar Daniel's, inaugurado en septiembre de 1976 en la zona alta de Barcelona, fue el primer bar de ambiente solo para mujeres, y punto de encuentro fundamental del emergente lesbofeminismo. En palabras de Maria Giralt, «Había desde amas de casa a prostitutas, pasando por modelos y gente de la farándula» (*Travelqueers*, 2016).

⁵ Destaca la tradicional oposición entre objetualidad-materialidad (mujer-objeto-maniquí) y sujeto autónomo como propietario (propio-autónomo). En un análisis de Hobbes y Locke, Marina Garcés (2013) ha señalado estas operaciones como parte del proyecto del Estado Moderno, que se caracteriza por la construcción del individuo en términos de propiedad: «propietario tanto de sus bienes como de su persona, de su conciencia y de sus

emancipación como progreso es evidente en los espacios de militancia feministas. Se podría explicar así, por tanto, cómo la masculinidad femenina tuvo un lugar en la vanguardia, mientras que la feminidad femenina ⁶ se mantuvo en un punto ciego de las prácticas de experimentación y de deconstrucción del género. Como si la feminidad no pudiera ser conversada, apropiada o simplemente disfrutada sin la necesidad de ser abandonada, superada o directamente destruida.

Esta configuración de la idea de emancipación como proceso de liberación desde la opresión (feminidad) a la libertad (masculinidad) implica una vez más una determinada manera de desplegar la temporalidad en una tensión binaria y una esperanza evolutiva, una forma de crononormatividad (Freeman, 2010; Muñoz, 2020) propia del proyecto de modernidad colonial -que resuena en las formas heredadas de la izquierda clásica— que está siendo revisada desde perspectivas *queer*. Lo que me interesa aquí es indagar sobre la idea de la persistencia en el sentido de la permanencia y la negatividad que sigue provocando las existencias *fem* en el proyecto de emancipación feminista. Este peso material e histórico que conformamos las feminidades, especialmente aquellas cuya feminidad invoca los extremos del proyecto feminista: las trans*, las *fems* y las trabajadoras del sexo, podría entenderse desde su dimensión más ontológica. En nuestro permanecer subdesarrolladas pesamos, no dejamos avanzar, objetamos (en tanto que objetos), molestamos, impedimos — como los objetos impiden que pase la luz— ese proyecto que, especialmente en las últimas décadas, se ha propuesto como objetivo final llegar al poder. Lo articularé a partir de lo que hoy en día se consideran los puntos clave de «desencuentro» en las políticas feministas institucionales, que cuestiona su univocidad a partir de la complejización de debates históricos del proyecto feminista. Por un lado, la existencia de mujeres trans* desde de la idea de feminidad como artificio. Por otro lado, la de las mujeres* que trabajan con su sexualidad a partir de la idea de objetualización. Por último, la existencia de *fems* que practican la sumisión a partir de las coordenadas *stone*. Resulta como poco curioso que de los casos más problematizados por el feminismo hegemónico se guarde una

relaciones» (2013, p. 32), y el Estado como «comunidad de propietarios voluntariamente asociados».

⁶ «La idea de "feminidad femenina" es raramente descrita porque la conexión entre estos términos es asumida» (Hannah McCann, 2018).

relación onto-epistemológica con la feminidad y la gestión de sus límites epistémicos, económicos y físicos.

Existe un relato popular acerca de las existencias trans* que implica la transición como un camino a la verdad de sí, como si de alguna manera todas las vivencias anteriores fueran una «mentira», y la transición permitiera la llegada a un punto de verdad emancipadora. Estos discursos han sido complejizados desde las propias teorías trans* (Striker, 2006; Missé y Coll-Planas (eds.), 2010; Missé, 2018; Raha, 2015), aunque parece difícil escapar del marco de lo «verdadero» y lo «real» cuando hablamos de las vidas trans*.

Difícilmente encontraremos una mejor condensación de desconfianza que la que se les dedica a las feminidades trans*, presentadas a menudo como la quintaesencia del artificio y la falsedad. La bióloga y activista trans Julia Serano desgrana esta idea de eterno engaño vinculado a lo femenino en *Whipping Girl. El sexismo y la demonización de la feminidad desde el punto de vista de una mujer trans* (2007/2020). Analizando la presencia de figuras trans*femeninas arquetípicas en los productos culturales, la autora desvela una concepción de la feminidad trans* como impostada:

Lo que permite a la masculinidad aparecer como «natural», «pragmática» y «sincera» es el contraste con la idea de que la feminidad es «artificial», «frívola» y «manipuladora» por definición. De esta forma, son capaces de retratar a las mujeres trans poniéndose vestimenta y accesorios femeninos sin dar la sensación de que adquieran una «auténtica» feminidad en el proceso (Serano, 2020).

Antes se ha señalado cómo la clase y la racialización articulan lo *fem*, lo que rompe con los imaginarios del feminismo hegemónico y, por lo tanto, se tiende a invisibilizar o castigar. En este punto se va a resaltar cómo la feminidad trans* —que es también, y sin lugar a dudas, una

feminidad obrera^{7,8}— está situada y es paradigmática de este reino de las apariencias engañosas, una localización sostenida sobre el eventual momento del destape, del descubrimiento de la verdad que esconde. Un juego de espejos que recuerda a la manera en la que se ha constituido la idea de las imágenes: entidades seductoras que nos embelesan y seducen con engaños de los sentidos.

Incluso aunque las «impostoras» «pasan como» mujeres adecuadamente, y son interpretadas por actrices [cis] (...), estos personajes nunca están pensados para desafiar nuestra concepción sobre el género. Por el contrario, se las pone como mujeres «falsas» y su estatus «secreto» de trans se revela en el momento dramático de «la verdad». En ese momento la apariencia de «impostora» (su condición femenina) se reduce a una simple ilusión, y su secreto (su masculinidad) se convierte en su verdadera identidad (Serano, 2020).

Todavía cuando nos situamos dentro de las narrativas clásicas de la transición como un camino a la verdad, en el caso de que el camino sea la feminidad, se retorna como una ilusión fascinatoria, una mentira que oculta la verdadera identidad que es masculina. Los textos fundacionales TERF como *El imperio transsexual* (1979) se basan fundamentalmente en la idea de «verdad» de la mujer frente a la «artificialidad» de las mujeres trans*. Así, podría decirse que estos argumentarios y violencias no han impactado de la misma manera en las personas trans* que se sitúan en el espectro de la masculinidad, lo que podría responder a algunas tensiones en el seno de los movimientos sexodisidentes que desprecian o desconocen las reivindicaciones trans*fem. En varias ocasiones nos hemos encontrado con autopercepciones de amigas y amantes cis-bolleras que consideran tener una identidad, dicen, «sin género», imaginando esta liberada de los atributos de la feminidad, entendidos como adornos superficiales y

⁷ «Quienes trabajan con su mente son intelectuales, quienes trabajan con su cuerpo son obreros. Pero quienes trabajamos con nuestra sexualidad nos convertimos en criminales» Janet Mérida, de Prostitutas Indignadas, en la presentación de Guanyem Barcelona en el barrio del Raval (24/01/2015) <https://www.youtube.com/watch?v=O8Qz5XJiKR0&t=272s>

⁸ ¿No son los cuerpos trans* fruto de la(s) fuerza(s) de trabajo, siendo además ellas mismas obreras de su propia materialidad? En la línea de estas reflexiones, merece la pena mencionar el trabajo de la poeta y activista trans* Nat Raha en Raha, Nat, & Rosenberg, Jordy (2021). A Queer Marxist Transfeminism: Queer and Trans Social Reproduction. In J. J. Gleeson & E. O'Rourke (eds.) (2021): *Transgender Marxism*, Pluto Press, 85-115.

patriarcales, que nos distraen de la verdad. O cuando dicen que «no te hace falta pintarte» o tu trabajo de feminidad se ve cuestionado como «capricho» o «lujo»: en un diálogo entre la misoginia estructural y los gestos femfobos cotidianos, caminamos en un mundo que nos hace ver día tras día que nuestra verdad está escondida debajo de la artificialidad y que, por tanto, esa parte nuestra debe ser suprimida o, en el mejor de los casos, tolerada o sexualizada. Nosotras las *fems* nos movemos eternamente en ese estadio que se considera previo a la emancipación como búsqueda de la verdad, por lo tanto, estamos ancladas en una constante desconfianza hacia nuestro compromiso político y de deseo, incluso hacia nuestra integridad. No es ningún secreto que a las *fems* se nos hace una constante presunción de heterosexualidad, algo que genera actitudes de exclusión que hemos visto muy claras en espacios tanto feministas como LGTBIAQ+. Nunca se nos ha visto como feministas «de verdad», ni lesbianas «de verdad», ni cuando nuestra feminidad se considera normativa, ni cuanto se percibe desde la rebeldía. Como dicen Toni Calasanti y Kathleen Slevin (2001), incluso la feminidad a la que se le llama hegemónica está vinculada con las apariencias. Y las apariencias, como se suele decir, engañan.

Pero no solo queda ahí. En nuestra existencia social y sexual, se tiende a tomarnos menos en serio, también en la forma en la que establecemos límites y transmitimos el consentimiento, porque la forma que usamos para ello implica códigos de la feminidad, que se considera en sí misma engañosa. De esta manera no solo somos «sospechosas» de estar engañando a nuestras amantes, sino que se desplaza de forma peligrosa hacia nuestra existencia en la comunidad y fuera de ella. Como dice Sara Ahmed, «Si dices que NO sin ser un* sujet* con derechos para determinar tu existencia, es posible que tu NO sea inaudible» (2018, p. 155). Las formas de subjetivación subdesarrolladas de las feminidades podrían explicar la naturaleza específica de las violencias sexuales hacia las *fems* y a las feminidades trans*, y se podría entender como una forma de castigo social por nuestra feminidad.

2. OBJETOS Y ARTIFICIOS

Uno de los mayores resentimientos del feminismo se reserva para las trabajadoras del sexo. Muchas mujeres* descargan su rabia contra las trabajadoras sexuales y sus comunidades con toda clase de acusaciones desde marcos de análisis feministas. Una de las más recurrentes incorpora la idea de objetualización como sinónimo de sexualización (o a veces

llamado «pornificación») y alienación de las mujeres*. Me detendré aquí a contextualizar el uso de esta terminología y algunas de sus posibles consecuencias en la actualidad.

Es un hecho que los feminismos se han nutrido e imbricado enormemente con los movimientos antirracistas desde sus comienzos hasta hoy. Prueba de ello se encuentra en obras centrales del feminismo blanco como en Olympe de Gouges (1791); Simone de Beauvoir (1963) o Colette Guillaumin (1978), una inspiración interpretativa que ha tomado gran parte de sus postulados de las bases de la teoría y la práctica política antiesclavista para trasladarlo a los horizontes emancipatorios de las mujeres*, sin la cual no puede entenderse tampoco la crítica feminista contemporánea, ni este mismo texto.

Dicho esto, parte de este trasvase de argumentario y formas de reivindicación han sido utilizadas, también, para configurar el lenguaje específico del feminismo de Estado que busca el control y la regulación de las mujeres* que ejercen el trabajo sexual. En el contexto de los Estados Unidos, pero también desde las aproximaciones abolicionistas europeas, dicho argumentario se entiende aquí como susceptible al análisis de los ejes de privilegio-opresión en este caso por parte de las mujeres «civiles»⁹ y las trabajadoras sexuales, pues se utiliza contra ellas. Esto desarticula la correlación del argumentario antiesclavista propuesto por las feministas anti-prostitución y anti-porno, al usarlo como forma de control/salvación entre mujeres, y no como herramientas de emancipación de las propias comunidades. En este sentido, el movimiento feminista en sus inicios se nutrió de las luchas antiesclavistas para conseguir sus objetivos de emancipación, para después establecer una jerarquía entre mujeres, argumentando una retórica de la esclavitud que ya ha sido definida anteriormente como problemática desde las perspectivas afrodescendientes contemporáneas (Walker en Collins, 1990; Nash, 2008, 2014).

La objetualización o cosificación constituye un eje fundamental en dichos argumentarios y se sitúa en dos grandes arenas: la de la pornografía (que abarca en general el problema de la representación de la feminidad en producciones culturales) y la de las prácticas BDSM (que tensiona el problema del consentimiento), y a menudo acaban mezcladas. Un ejemplo

⁹ Trabajadoras sexuales y aliadas llamamos ‘civiles’ a las personas que no ejercen el trabajo sexual como guiño al ‘servicio’ honorable que dan las trabajadoras sexuales, en una especie de analogía irónica a los códigos del ejército.

de ello es la famosa Ordenanza Antipornografía por los Derechos Civiles que en 1983 se aprobaba en Minneapolis (EE.UU.), censurando la pornografía utilizando la siguiente definición:

Pornografía es la subordinación de las mujeres presentada gráficamente de forma sexualmente explícita, ya sea en retratos o palabras, e incluye uno o más de los siguientes elementos: 1) las mujeres se representan deshumanizadas, como objetos sexuales, cosas o bienes 2) como objetos sexuales que disfrutan del dolor o de la humillación 3) como objetos sexuales que experimentan placer sexual en la violación; 4) como objetos sexuales, amarradas, cortadas, mutiladas, golpeadas o físicamente heridas; 5) en postura de sumisión sexual, servilismo o exhibición; 6) se exhiben partes del cuerpo femenino —incluyendo pero sin limitarse a vaginas, senos o nalgas— de manera tal que las mujeres quedan reducidas a esas partes; 7) las mujeres se presentan como prostitutas por naturaleza, o; 8) se presentan siendo penetradas por objetos o animales; 9) se presentan en situaciones de degradación, daño, tortura, mostradas como sucias o inferiores, sangrando, golpeadas o heridas en un contexto que convierte esas condiciones en sexuales (MacKinnon, 1994, p.121-122).

Siguiendo la estela de John Stuart Mill en *La esclavitud de las mujeres* (1869), las feministas anti-pornografía de los Estados Unidos han buscado históricamente generar paralelismos entre el supremacismo blanco y el patriarcado, así como entre los cuerpos esclavizados por la trata transatlántica y la industria de la plantación con los cuerpos de las trabajadoras de la industria del sexo. Estos paralelismos fueron muy recurrentes en los imaginarios anti-pornografía, así como en la producción de literatura al respecto, cuya estela tiñe las legislaciones y ofensivas institucionales contemporáneas en nuestro contexto.

Empezamos a vernos claramente, y lo que vimos fue espantoso. Vimos que éramos, como escribió Yoko Ono, los negros del mundo, esclavos del esclavo. Vimos que éramos los mejores negros de la casa, tontos que lamían culos, hacían reverencias, raspaban y arrastraban los pies. Reconocimos todo nuestro comportamiento social como un comportamiento aprendido que funcionó para sobrevivir en un mundo sexista: nos pintamos, sonreímos, expusimos las piernas y el culo, tuvimos hijos, cuidamos la casa, como nuestra adaptación a la realidad de la política del poder (Dworkin, 1974, p. 21).

A pesar de la acepción popularizada por MacKinnon y Dworkin, la objetualización o cosificación tiene que ver con la deshumanización. Siguiendo a Martha Nussbaum, la objetualización tiene 7 dimensiones: 1) la instrumentalización; 2) la negación de la autonomía; 3) la falta de agencia y actividad; 4) fungibilidad o intercambiabilidad; 5) la no-integridad; 6) propiedad; 7) negación de subjetividad. Estos usos de los objetos separan nuestra concepción de lo humano (vivo) frente al objeto (inerte) en base a lo que se asume como fundamentalmente humano: la autonomía y la subjetividad, ítems que refieren a fundamentos trascendentales de la ética kantiana y no exclusivamente replegados en la sexualidad. La autora en su influyente texto *Objectification* (1995), analiza las diferentes combinaciones que interpelan a la objetualización o cosificación desde diferentes perspectivas, demostrando el uso interesado del término adscrito exclusivamente a los imaginarios de la feminidad. Recientemente, activistas y académicas de los contextos angloparlantes están volviendo a complejizar las teorías de la objetualización en el terreno de los nuevos medios, en respuesta a los escenarios visuales actuales donde feminidades obreras vuelven a ser cuestionadas (Paasonen *et al*, 2021).

A pesar de ello, la idea de objetualización en su adaptación generizada o sexualizada sigue ocupando un lugar central en discusiones tanto políticas como académicas alrededor de las producciones culturales donde los códigos que entran en el juego de la significación son los de la feminidad. En combinación con teorías de corte psicoanalítico (freudiano y lacaniano), las cuales proponen un concepto de objeto como receptor del deseo de otros, constituye una nueva forma de conceptualizar la objetualización que, paradójicamente, parece ir de la mano con la desmaterialización de los cuerpos y la realidad física de las personas que trabajan en las imágenes, abstrayendo su presencia y transformándose en un objeto de deseo para la «mirada masculina» (Mulvey, 1975; MacKinnon, 1982). Estas teorías de la objetualización se centran particularmente en expresiones de la feminidad, especialmente de las feminidades obreras. El análisis contrastado de dichas genealogías con aquellas que emergen desde los feminismos negros, así como desde las perspectivas *femme*-inistas, podrían apuntar a una depreciación específica de la feminidad en la base de las teorías sobre la objetualización o la cosificación, y que se encuentran actualizadas en la crítica cultural contemporánea.

Como una piedra que descansa en el fondo del océano, las *fems* en tanto que habitamos el espectro de la objetualización nos enfrentamos al

proyecto de llegada ofrecido por el Estado de derecho y sus lógicas. Rechazamos las lógicas de la identidad y la visibilidad y nos negamos a un progreso en el universo de formulaciones que enfrentan lo real con lo falso, lo natural con lo artificial, la verdad con el engaño. Somos ultravisibles (dejamos ver «demasiado» con nuestras minifaldas y nuestros brillantes) pero a la vez conformamos una materia terca y reacia a la ordenación temporal evolutiva, nos negamos a trabajar por el mandato de la transparencia. Nuestros brillantes son falsos y decepcionantes: atraen y ciegan simultáneamente. Como dice Edouard Glissant:

La transparencia deja de aparecer como el fondo del espejo donde la humanidad occidental refleja el mundo según su imagen; en el fondo del espejo hay ahora opacidad, todo el limo depositado por los pueblos, limo fértil, pero también, a decir verdad, incierto, inexplorado, aún hoy, y casi siempre negado, ofuscado, cuya presencia insistente no podemos dejar de vivir (2017, p. 143).

La opacidad, tal y como se ha contextualizado en el pensamiento de Glissant, podría ser entendida como un espacio de sedimentación, una presencia que impide la velocidad de la transparencia. Aquí me interesa la pregunta sobre el (des)propósito *fem* como parte de la insistente resistencia al proyecto feminista que llevan a cabo las trabajadoras sexuales. Recupera Byung Chul-Han esa materia que confronta la velocidad de la luz — característica del conocimiento ilustrado/iluminado/visible— de los objetos que representan un obstáculo para la aceleración de la circulación de información y de capital (2017, p. 63). Como dice Hito Steyerl «¿Por qué no afirmar el objeto? ¿Por qué no ser una cosa? ¿Un objeto sin sujeto? ¿Una cosa entre otras?» (2020, p. 53), o si no «podemos» ser objeto, ¿podríamos recuperar parte de nuestra sub/objektividad, afirmando su dignidad?

3. (DIS)POWER BOTTOMS

Hasta ahora se han abierto algunas cuestiones respecto a la relación decepcionante de las feminidades obreras (las *fems*, las trans*femeninas y las trabajadoras sexuales) respecto al proyecto de emancipación feminista, apuntando a la conformación de la feminidad como engaño y a la complejización de la teoría de la objetualización como una apropiación problemática de los movimientos por la abolición de la esclavitud. Se ha comenzado por la imagen de la piedra (*stone fem*), que se alinea con

preocupaciones colectivas acerca de la fisicidad del mundo (o lo que se ha denominado el «giro materialista») pero que, a través de la idea de sedimentación, evoca también una forma de pasividad física que me interesa explorar. Viniendo de una *fem*, puede resultar particularmente atrevido reivindicar la pasividad, o como dice Sara Ahmed (2006/2018), comprometerme con ella, así como en cierta manera la dignidad de los objetos¹⁰.

Derivado de este compromiso en el que nos abocan, creo que podemos partir de que los objetos tienen una «relación complicada» con la agencia. Esto no quiere decir que los objetos no tengan agencia (o las fisicidades como las rocas (*stones*) *femmes* o *butch*), pero sin duda plantean ampliar el imaginario de lo agencial. Teniendo en cuenta que el concepto de agencia resulta fundamental para la teoría feminista, no se puede sino esperar un abordaje crítico de su dimensión más canónica, que reposa sobre la idea de agencia ligada a un sujeto autónomo (Stoljar, 2000), como hemos visto más arriba, en relación con la propiedad y con el Estado (Garcés, 2013). Según Lois McNay (2000), la importancia del concepto de agencia en el marco del pensamiento feminista ha ido aumentando en relación con las transformaciones socioeconómicas propias del capitalismo tardío, y su impacto en las transformaciones de las relaciones de género que se producen en su seno, así como la complejización de las relaciones intra-género. Estas transformaciones, así como las tecnologías (materiales e inmateriales) para su comprensión, han problematizado la idea de autonomía, agencia e identidad como sujetas al individuo, sino definidas fundamentalmente por su relacionalidad (Makenzie y Stoljar, 2000; Pandolfi, 2007; Hernando, 2012). Durante las últimas décadas ha habido una notable aportación de los feminismos posthumanistas y las perspectivas de los nuevos materialismos sobre la cuestión de lo agencial, que invita a una relacionalidad más allá de lo humano en su universo de afectos y potencialidades (Barad, 2003 y 2007; Haraway, 2016). Creo que es interesante cómo muchas de las aportaciones acerca de la condición interdependiente y trans-especie de la autonomía se plantean como una forma de «desvelamiento»: volúmenes como el de Almudena Hernando *La fantasía de la individualidad* (2012) o el de Martha Alberston Fineman *The Autonomy Myth (El Mito de la autonomía)* (2004). Tal y como he

¹⁰ «[...] lo que es un “objeto de conocimiento” sea también “imaginado como un actor y agente”, capaz de transformarse a sí mismo y su propia situación mientras actúa al mismo tiempo sobre él» (Sandoval, 2004, p. 102).

señalado en publicaciones anteriores (Corrales, 2015), estas aproximaciones parecen señalar una realidad material y tangible que se niega mediante construcciones mitológicas y ejercicios de ocultamiento. Así, en el caso de las contra-agencias, donde se abraza una realidad des-empoderante (entendido el empoderamiento como impulso de la agencia individual) a partir del desplazamiento de la agencia propia a la agencia compartida, el movimiento no es ni vertical ni evolutivo ni hacia la utopía sino inmóvil, *bottom*: no hay un antes y un después, no hay una acción ni una construcción porque el mundo que queremos ya está aquí.

De esta manera, e inspirados por las Teorías Mestizas y las Teorías Indígenas de la Agencia No humana, los feminismos occidentales se han replanteado los cuerpos como entidades imbricadas con otras, no necesariamente humanas, complejizando la idea de agencia y planteando otras naturalezas implicadas en ella. Las teorías *coyote* y *cyborg*, paradigmáticas de los feminismos de los años 90, abren la puerta a una construcción de la identidad fragmentaria, inter-especie y enfocada en la manera en la que las diferentes tecnologías (incluido el lenguaje) operan en la construcción del sujeto (Anzaldúa y Sandoval, 1981; Sandoval, 1995; Haraway, 1995), pero se potencia la condición fundamentalmente humana de ambos paradigmas, así como su pertenencia al campo de la acción. Una de las maneras en las que esta condición humana se manifiesta en los imaginarios feministas tiene que ver con la voz.

Por su parte, los objetos no tienen voz, pero sí tienen historia: son remarcables las fuentes orales en la construcción histórica de los relatos *femme-butch*, como puede observarse en volúmenes míticos como *Boots of Leather, Slippers of Gold*, de Madeline Davis y Elizabeth Kennedy, o *The Persistent Desire: A Femme-Butch Reader*, de Joan Nestle, cuyos títulos evocan la fisicidad de cuerpos-objetos no necesariamente humanos que cuentan una historia de deseo y resistencia. Creo que es interesante retomar la idea de roca (*stone*) como cuerpo-archivo que proponía al principio del texto, abordando las producciones culturales —que configuran estos textos basados en relatos y sin duda en muchos silencios— como un *rastro* de una acción física, histórica, y en cierto sentido, objetiva/objetual que trasciende la voz humana como paradigma último de la verdad.

Pero, ¿por qué objetos? Karl Marx decía que un objeto es el producto de la fuerza de trabajo a partir de la transformación de la materia (Marx, 2016/1867). Esta idea es una de las numerosas rozaduras del marxismo con las perspectivas decoloniales, ya que, según esta perspectiva clásica,

la materia se considera como «dada», teniendo en cuenta su localización en el campo de la naturaleza. Estas rozaduras se han imbricado con las perspectivas de los feminismos marxistas, que también han denunciado cómo el marco de análisis del marxismo clásico se apropia de las mujeres* siguiendo una lógica similar. De modo que los objetos son el resultado de una transformación, por lo que se constituyen como entidades artificiales por haber pasado un proceso de creación para llegar a ser quienes son. Las *fems*, las trans* *fem* y las trabajadoras sexuales problematizamos esta diferenciación jerárquica, ya que se nos podría entender como objetos de nuestra propia fuerza de trabajo, aunque no de la manera en la que los imaginarios del trabajo se presentan tradicionalmente: el nuestro es un trabajo pasivo, inactivo: de cuidar, de retener, de impedir, de recordar, de entorpecer. Como las espigadoras de Agnès Varda, nuestras posiciones corporales se consideran menores e indignas, dobladas o arrodilladas, impiden el paso de las máquinas que recogen la producción en un tiempo récord. Nuestra preciosidad descansa sobre el carácter receptivo de la configuración de nuestra misma forma, la resistencia a la violencia que corta, define y angula nuestra carne. El pesado recuerdo de todos los sistemas de valor que han ido pasando por nosotras, creando divisiones y subdivisiones que en mayor o en menor medida siempre nos buscaron con tanta avidez como nos destruyeron.

Los objetos en su pasividad implican, por tanto, un trabajo. Y nosotras en nuestro coqueteo con ellos nos solidarizamos con su parte más artificial, más engañosa. Formamos sindicatos ilegales de uñas acrílicas, formas silenciosas de hablar y de cruzar las piernas con dolor de espalda. Algunas autoras han señalado la feminidad como un trabajo que implica el esfuerzo de la autoproducción de género (McCan, 2018; Baker, 2016; Calasanti y Slevin, 2001): como he mencionado en publicaciones anteriores, un trabajo sin salario¹¹ que está imbricado con el trabajo de las imágenes, una forma de producción espejada al ser ellas mismas entidades femeninas de las que se les exige un constante esfuerzo de sostener la tensión entre verdad y falsedad (Corrales, 2025). En tanto que entidades objetuales o con vínculos legítimos con la dimensión artificial, pasiva y terca de los

¹¹ Imprescindible el texto *Salarios para la transición* de Harry Josephine Giles: «Estigmatizadas por el capitalismo como aquellas cuyo género siempre es demasiado o insuficiente, trabajamos en segundos, terceros e incluso cuartos turnos para hacernos con los recursos necesarios para producir nuestros géneros, para producir los géneros que nos permitan sobrevivir bajo el capitalismo al menos un año más» (2022, p. 174).

objetos, nos diferenciamos de la materia por ser esta una entidad del mundo de «lo natural», y nosotras configuramos aquello que «se produce». Ante la primacía de la acción y del sujeto, el objeto se resuelve como la negatividad definitiva de lo humano. Porque lo animal, lo natural, incluso las piedras tienen en cierto sentido una condición de vida, ligada a la actividad y esta al movimiento. El *cyborg* integra ciertas objetualidades, pero se mantiene principalmente humano. Los objetos no. Los objetos, como la feminidad, son artificiales. Un objeto es pasivo y no cambia, no evoluciona. Aparentemente, sólo va perdiendo su valor.

Desde el prisma del feminismo, la agencia y la subjetividad son discusiones tangenciales al trabajo sexual, que en cierta manera aportan grandes decepciones para el proyecto feminista. Por la forma en la que las mujeres* hacen uso su agencia, la de las trabajadoras sexuales se encuentra sistemáticamente negada desde las posiciones prohibicionistas, por ser considerada *siempre* una forma de violencia contra «la mujer» (Dworkin, 1974; MacKinnon, 1989 y 1994; Jeffreys, 1997; Cobo, 2012 y 2020), hasta el punto en el que se asume que «en la medida en que se supone que cualquier mujer ha elegido libremente la prostitución, entonces se deduce que el disfrute de la dominación y la violación están en su naturaleza» (Dworkin (1981) en Farley y Kelly, 2000, p. 30). Esta perspectiva esencialista del trabajo sexual donde «todo» tipo de trabajo sexual en «todos» los momentos de la historia y bajo «todo» tipo de situaciones económicas es violencia no supone el marco de análisis más popular entre las compañeras feministas (ni actual ni históricamente en España), pero sí la más «mantenida» por su relación estratégica con el Estado y su agenda antimigratoria. En este paradigma, no solo se esencializa la práctica del trabajo sexual sino también la categoría mujer* y, por supuesto, la de violencia y de trabajo, sino que se hace desde las instituciones de control. Entre otras cosas, impone un único lugar desde donde las personas que hacen uso del comercio sexual pueden recibir violencia, algo que ha sido y sigue siendo discutido (Clemente Villar, 2020; Penniket, 2022).

Las posiciones sobre la estructuralidad de la violencia del comercio sexual en las mujeres* reabre algunas conversaciones sobre la relacionalidad de la agencia y las violencias estructurales en el terreno de la sexualidad, coordinadas que posicionaron y se posicionaron a partir de teorías sobre la penetrabilidad y la receptividad. Aunque coincido con Gayle Rubin en que no podemos reducir la ferviente actividad feminista durante los años 70 y los años 80 a sus debates más «desagradables y persistentes» (2022, 10'40"), son tiempos de extrañas convivencias y

pliegues temporales que podrían requerir lecturas reparativas (Sedgwick, 2003) acerca de los marcos de análisis feministas hacia la idea de pasividad, especialmente en el terreno de la sexualidad.

Parte del argumentario feminista en este aspecto tiene que ver con la aceptación de que la penetración ordena jerarquías sexuales donde quien es penetrada se somete al dominio de quien penetra, una práctica que se considera poco progresista, y que «representaba el tipo de sexo inherentemente opresivo que queríamos dejar atrás» (Brown, 1992, p. 410). Aunque este debate ha ido complejizándose, la estructuralidad de la violencia hacia las mujeres en el plano del coito heterosexual están siendo actualizadas, y creo que las perspectivas *fem* ofrecen una lectura que podría ser reparadora en este punto. Por ejemplo, para Bobby Noble (2007), las experiencias *fem/butch* y también las trans* suponen una forma de incoherencia y ambivalencia en esta organización jerárquica. El autor refiere al documental *The Butch Mystique* (Wilson, 2003) donde «la propia penetración funciona, en casi todos los casos, como un problema al que se enfrenta la masculinidad de cada sujeto, un problema que debe resolverse con resiliencia, ingenio y la rearticulación creativa de los códigos de género», también en el contexto del sexo de pago, el cual ofrece oportunidades únicas para ello.

Aun así, el problema del poder en el terreno de la sexualidad sigue sin resolverse ni en las políticas feministas institucionales ni en los movimientos lesbofeministas o de la disidencia sexual. Ya en 1981, Patrik Califia en su texto *Feminism and Sadomasochism* despliega incomodidades estructurales alrededor de las prácticas sadomasoquistas en contextos lesbofeministas que, desde mi perspectiva, se mantienen disimulados bajo una estetización *soft* de las prácticas de dominación, y un rechazo sistemático hacia el sadismo que también conforma las energías de la sexualidad *kink*: como si de alguna manera, al eliminar a las sádicas eliminamos a las sumisas, que son en el fondo el foco de nuestra angustia. «Una mujer que busca deliberadamente una situación sexual en la cual esté desvalida es una traidora ante sus ojos» (Califia, 1981, p. 173). El sadomasoquismo ha sido definido, también, en términos de suspensión, de pausa (Freeman, 2010), me atrevería a decir, de una temporalidad que se asume «en marcha» hacia un proyecto de emancipación.

La idea de *power bottom* (pasiva dominante) parece emerger, entonces, para devolver la agencia a aquellos cuerpos que reciben, pero no de manera pasiva, calma la ansiedad de aceptar una situación de dominio. La pasividad o inactividad (más propia de los términos *pillow-princess*,

starfish o popularmente en castellano «estrellita de mar»), en el contexto de la penetración, sigue provocando desprecio dentro de la comunidad y repulsión fuera de ella. Gran parte de la literatura alrededor de las eróticas *fem* han requerido una negación sistemática de la pasividad. Tal y como dicen Amber Hoolibaugh y Cherrie Moraga «es difícil hablar de cosas como renunciar al poder sin que ello suene pasivo» (1983, p. 398), siendo esta pasividad inquietantemente indeseable. Según Ann Cvetkovich (2003/2018) las relecturas y abordajes desde lo *fem* conflictúan los binarios tradicionales entre activa/pasiva o penetrar/ser penetrada, hasta el punto de que se reivindica que «dejarse tocar es una acción» (2003/2018, p. 93). Estas reivindicaciones invocan los valores de igualdad, anulando o dificultando la lectura de la penetración como una forma de dominio, o incluso partiendo de una suerte de «comunidad» al plantear una forma de «disolución del yo» mediante el intercambio del «dar» y «recibir» entre la *butch* y la *fem* (Nestle, 1987). Es decir, parece que la negación de la pasividad eleva ambos roles al terreno de la acción y de la agencia, lo que supone cumplir las expectativas de una sexualidad feminista que niega las relaciones de poder dentro de la sexualidad de las mujeres*. Por tanto, la concepción de la penetración como «destrucción del yo» (dominación) se transmuta en la penetración como «disolución del yo» (comunidad). En ambos casos, esta forma de emancipación sexual sucede necesariamente a partir del camino de la acción, es decir, el abandono de lo previo que se espera de nosotras: la sumisión, la pasividad, la des-agencia, la propiedad, la no integridad, etc. Como en *Barbie*, la transformación «antes-después» del objeto a la mujer o la feminidad a la emancipación se da a partir de la acción individual, lo que nos devuelve a los debates acerca del origen de la consciencia y que en la película se resuelven mediante una simple metonimia de la creadora de la muñeca/empresaria con Dios. En el caso de la penetración anal en contextos marikas —que cuentan con una historia particular de lo activo/pasivo a muchos niveles¹²— o BDSM estas posturas

¹² Historiadoras han dado cuenta de la existencia de diferentes legislaciones que han aplicado de forma distinta al castigo de los delitos de homosexualidad a partir de las coordenadas «activo» y «pasivo» a lo largo del tiempo. Se ha señalado especialmente en relación a las culturas clásicas mediterráneas, las cuales desplegaban un abanico más amplio de categorías para abordar la sexualidad, entre las cuales se encontraban diferenciados los roles activo/pasivo (Karras, 2000). En Europa, un ejemplo podría ser el de los crímenes de la seducción, donde se castigaba especialmente aquellos «pasivos» que habían «seducido» a hombres «normales» (es decir, activos/masculinos) (Véase Hunt, 1993). En el

se tensionan, pero también se podría decir que son ampliamente compartidas.

Entre las *fems* que practicamos juegos de rol en contextos BDSM estas lecturas son populares y conforman prácticas, términos y lenguajes de lo correcto. Nadie quiere ser leída como traidora de la escena que habita, por lo que acostumbramos a escoger caminos que validen nuestras experiencias y nos den un lugar, supongo que porque estamos muy poco acostumbradas a *tomarlo* por nosotras mismas en el sencillo gesto de permanecer silenciosamente en él. No podemos negarnos esa pasividad, pero todas las piedras recuerdan. Lo *stone*, en tanto que identidad sexual que se caracteriza por algo que no hace, existe y resiste también desde lo *femme*.

CONCLUSIONES

Algo que nos ha costado mucho desde que empezamos a articular nuestras vidas, luchas y deseos desde lo *fem* ha sido la dificultad de encontrar voces *fem* que valoren lo *fem*. Por ejemplo, en *Diálogos interseccionales sobre lo butch/femme, las diásporas queer y lo trans* (Romero Bachiller y Platero, 2012, pp. 159-198), la forma en la que Carmen Romero Bachiller describe y analiza la feminidad que encarna está llena de tensión, miedo y criticismo. Por el contrario, la manera en la que Lucas Platero aborda la feminidad es mucho más abierta, positiva y placentera. Como diría Joan Nestle en *La cuestión fem* (1988/1984):

La ironía más triste que se esconde tras este juicio erróneo sobre las *fems* reside en que a muchas de nosotras nos ha costado toda una vida conseguir el placer de nuestros cuerpos. Las amantes butch, tranquilizadoras y amables, apasionadas e iniciadoras, constituían para muchas de nosotras un puente que nos traía de vuelta a la aceptación de aquello que la sociedad en derredor nos había dicho que desdenáramos (1988/1984, pp. 25-26).

Estas experiencias que podemos reconocer en nos(otras) y nuestras historias reposan, como las estrellas de mar, sobre las relaciones de amor y deseo disidente, y parecen condensar gran parte de los atentados desde las marginalidades del proyecto feminista de comprender la agencia fuera de los paradigmas de la acción, la individualidad, y en cierta manera de lo

Estado Español es bien conocido el caso de las cárceles de activos (Huelva) y pasivos (Badajoz).

humano como natural (en oposición a lo artificial), lo verdadero y valioso. En cierto modo, también yo he construido mi identidad y mi agencia sexual de manera relacional, a medio camino entre lo humano, lo narrativo y lo objetual, un proceso que todavía no ha terminado ni espero que lo haga. Y aun en este momento, después del recorrido propuesto y tantos años de pensar, hacer, des-hacer, escribir, leer y follar sobre/en esto, me faltan las palabras para enunciar cómo sería esa forma de existir y resistir entre nosotras mismas, sin el diálogo entre unas y otras, entre el valor y el desvalor que se nos atribuye y que atribuimos. Cómo sería una forma de afectarnos entre objetos silenciosos, entre piedras que se acompañan mientras unas entran a un turno y otras a un quirófano, recibiendo sin atender reciprocidad las olas de historia que van erosionando nuestro cuerpo y nuestra memoria, nuestras lenguas y extrañas formas del habla. Una forma de existencia caída sobre la espalda como entre tantas otras que solo su encuentro físico produce un sonido que de manera circular y repetitiva, persistente, parece un grito. Como en la playa. Piedras que solo son preciosas si están mojadas, que callan cuando las llevas a casa y las aíslas de su multitud, que en su quietud y presencia, en su persistencia, permite el paso de otras. Cómo no hacer, sino habitar juntas; cómo dejar de esconder nuestras formas pasivas de acompañamiento, cómo abandonar el deseo de la acción, del valor. Y reposar por fin, como estrellas de mar, extrañas y tentaculares, sin miedo ni vergüenza, ni excusas, ni comparaciones. En definitiva, ¿cómo fracasar juntas?¹³

BIBLIOGRAFÍA

- Ahmed, Sara (2006/2018). *Fenomenología Queer: orientaciones, objetos, otros*. Edicions Bellaterra.
- Ahmed, Sara (2017). NO, en Cuello, Nicolás y Morgan Disalvo, Lucas (coords.) (2018). *Críticas sexuales a la razón punitiva. Insumos para seguir imaginando una vida junt*s*. Ediciones Precarias.

¹³ «Fracasar juntas. Otras maneras de habitar la ciencia» (2023) es una de las aportaciones que hemos impulsado desde la Red Indisciplinar de Nuevos Materialismos Feministas (Teresa Samper, Mijo Miquel, Paula Otero, Guillermo Muñoz y yo misma).

- Alberston Fineman, Martha (2004). *The Autonomy Myth. A Theory of Dependency*. The New Press.
- Anzaldúa, Gloria (1984/2016). *Borderlands/ La frontera. La Nueva Mestiza*. Capitán Swing Libros.
- Barad, Karen (2003). Posthumanist Performativity: Toward an Understanding of How Matter Comes to Matter. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 28(3).
- Barad, Karen (2007). *Meeting the Universe Halfway*. Duke University Press.
- Berraondo, Txiki; Colectivo Lesbianas (1986). "Apunts reunió sobre la Pluma del Colectivo de Lesbianas", Centre de Documentació de Ca La Dona, Barcelona.
- Brown, Jan (1992). Sex, lies, and penetration: A butch finally 'fesses up'. En Nestle, Joan (Ed.) (1992). *The Persistent desire: a femme-butch reader*. Alyson Publications.
- Bunch, Charlotte y Myron, Nancy (1975). *Lesbianism and the women's movement*. Diana Press.
- Cabral, Mauro (Ed.) (2009). *Interdicciones. Escrituras de intersexualidad en castellano*. Anarrés Editorial.
- Califia, Patrick (1980/2000). *Public Sex. The Culture of Radical Sex*. Cleiss Press.
- Castille, Claudia (2023). *The Butch Mystique: A Femme's Perspective*. Paperback.
- Chul-Han, Byung (2017). *La expulsión de lo distinto*. Herder.
- Clare Burke, Jennifer (2009). *Visible. A Femmethology, Volume One*. Homofactus Press.

- Clemente Villar, Carolina (2020). El impacto psicológico del estigma de la prostituta. *Revista del Laboratorio Iberoamericano para el Estudio Sociohistórico de las Sexualidades*, (4), 152-172.
- Cobo, Rosa (2012). *Consentimiento y coacción: prostitución y políticas públicas 2010-2012*. Instituto de la Mujer.
- Cobo, Rosa (2020). *Pornografía. El placer del poder*. Ediciones B.
- Collins, Patricia Hill (1990). *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. Unwin Hyman.
- Corrales Devesa, Andrea (2025). *Putas imágenes. Una teoría invertida de la pornografía*. Bellaterra Edicions.
- Corrales Devesa, Andrea (2023). Por la imagen pornográfica. Infraestructuras, materiales y corpo*realidades desde la perspectiva de sus trabajadoras. [Tesis doctoral] Departamento de Comunicación Audiovisual, Documentación e Historia del Arte. Universitat Politècnica de València (UPV).
- Corrales Devesa, Andrea (2015). Nuevos (des)enfoques materialistas. Una mirada feminista en torno a la interdependencia de las producciones. OXIMORA - Revista Internacional de Ética y Política, (7), 160-182. Universitat de Barcelona (UB).
- Corrales Devesa, Andrea y Lloret Veciana, Laia (2025). *FEMS AQUÍ! Pensar el transfeminismo desde lo fem/femme*. Avenate.
- Cvetkovich, Ann (1995). Recasting Receptivity: Femme Sexualities. En Jay, Karla (Ed.), *The Lesbian Erotic* (pp. 125-146). New York University Press.
- Cvetkovich, Ann (2003/2018). *Un archivo de sentimientos. Trauma, sexualidad y culturas públicas lesbianas*. Edicions Bellaterra.
- De Beauvoir, Simone (1963/2008). *El segundo sexo*. Cátedra.

De Gouges, Olympe (1791). Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana. Recuperado de *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, 13, 2009, 267-279.

Dworkin, Andrea (1974). *Woman Hating*. Penguin Books.

Egaña Rojas, Lucía y Salgueiro, Julia (2020). *Piedras preciosas*, 13/10/2020-13/12/2020, La Raposa: Barcelona. <https://luciaegana.net/proyectos/piedras-preciosas/>

Fadermann, Lillian (1991). *Odd Girls and Twilight Lovers: A History of Lesbian Life in Twentieth-Century America*. Columbia University Press.

Farley, Melissa y Kelly, Vanessa (2000). Prostitution: a critical review of the medical and social sciences literature. *Women & Criminal Justice*, 11(4), 29-64. DOI: 10.1300/J012v11n04_04

Freeman, Elizabeth (2010). *Time Binds. Queer Temporalities, Queer Histories*. Duke University Press.

Garcés, Marina (2013). *Un mundo común*. Bellaterra.

Glissant, Edouard (1990/2017). *Poética de la relación*. Universidad Nacional de Quilmes.

Guillaumin, Colette (1978/2012). Práctica del poder e idea de naturaleza. En Curiel, Ochy y Falquet, Jules (Comp.) (2012). *El patriarcado al desnudo. Tres feministas materialistas*. Brecha Lésbica.

Haist, Mark, & Hewitt, Jay (1974). The Butch-Fem Dichotomy in Male Homosexual Behavior. *The Journal of Sex Research*, 10(1), 68-75.

Harris, Laura y Crocker, Elizabeth (Ed.) (1997/2013). *Fem(me): feminists, lesbians and bad girls*. Routledge.

Halberstam, Jack (2008). *Masculinidad femenina*. Egales.

Halberstam, Jack (2018). *El arte queer del fracaso*. Egales.

- Haraway, Donna (2016). *Staying with the trouble. Making Kin on the Chtulucene*. Duke University Press.
- Hernando, Almudena (2012). *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Katz.
- Hollibaugh, Amber y Moraga, Cherrie (1983). What We're Rollin'around in Bed With: Sexual Silences in Feminism. En Snitow, Ann; Stansell, Christine y Thompson, Sharon (Eds.) (1983). *Powers of Desire: The Politics of Sexuality*. Monthly Review Press.
- Hunt, Lynn (1993). Introduction: Obscenity and the Origins of Modernity, 1500-1800. En Hunt, Lynn (Ed.). *The Invention of Pornography 1500-1800*. MIT Press.
- Jeffreys, Sheyla (1993). *The Lesbian Heresy: A feminist perspective on the Lesbian Sexual Revolution*. Spinifex.
- Jeffreys, Sheyla (1997). *The Spinster and Her Enemies: Feminism and Sexuality, 1880-1930*. Spinifex.
- Karras, Ruth Mazo (2000). Active/Passive, Acts/Passions: Greek and Roman Sexualities. *The American Historical Review*, 105(4), 1250-1265.
- Kennedy, Elizabeth Lapovsky y Davis, Madeline D. (Eds.) (1993/2013). *Boots of leather, slippers of gold: the history of a lesbian community*. Routledge.
- Marx, Karl (2016/1867). *El Capital*. Alianza Editorial.
- Mackenzie, Catriona y Stoljar, Natalie (2000). *Relational Autonomy. Feminist Perspectives on Autonomy, Agency and the Social Self*. Oxford University Press.
- MacKinnon, Catharine (1982). Feminism, Marxism, Method, and the State: An Agenda for Theory. *Signs*, 7(3), 515-544.
- MacKinnon, Catharine (1989). *Toward a Feminist Theory of the State*. Harvard University Press.

- MacKinnon, Catharine (1994). *Only Words*. HarperCollins.
- McCann, Hannah (2018). *Queering femininity: sexuality, feminism and the politics of presentation*. Routledge.
- McNay, Lois (2000). *Gender and Agency. Reconfiguring the Subject in Feminist and Social Theory*. Polity Press.
- Missé, Miquel y Coll-Planas, Gerard (Coords.) (2010). *El género desordenado. Críticas en torno a la patologización de la transexualidad*. Editorial Egales.
- Missé, Miquel (2018). *A la conquista del cuerpo equivocado*. Editorial Egales.
- Mulvey, Laura (1975/2001). Placer visual y cine narrativo. En Brian Wallis (Ed.). *Arte después de la modernidad. Nuevos planteamientos en torno a la representación*. Akal / Arte contemporáneo.
- Muñoz, José Esteban (2020). *Utopía queer. El entonces y allí de la futuridad antinormativa*. Caja Negra.
- Nash, Jennifer C. (2014). *The black body in ecstasy. Reading Race, Reading Pornography*. Duke University Press.
- Nash, Jennifer C. (2008). Strange Bedfellows. Black Feminism and Anti-pornography Feminism. *Social Text*, 26(4/97), 51-76. <https://doi.org/10.1215/01642472-2008-010>
- Nestle, Joan (1987). The Gift of Taking. En *A Restricted Country* (pp. 127-130). Firebrand Books.
- Nestle, Joan (1988/1984). La cuestión fem. *Revista Nosotras*, Colectivo de feministas lesbianas de Madrid (Ed.), (6), ¿Existe una sexualidad feminista?
- Nestle, Joan (Ed.) (1992). *The Persistent desire: a femme-butch reader*. Alyson Publications.

- Noble, Bobby (2007). The "P" Word: Trans Men, Stone Butches and the Politics of Penetration. *Atlantis*, 31(2), 16-23.
- Nussbaum, Martha C. (1995). Objectification. *Philosophy and Public Affairs*, 24(4), 249-291.
- Paasonen, Susanna; Attwood, Feona; McKee, Alan; Mercer, John y Smith, Clarissa (2021). *Objectification: on the difference between sex and sexism*. Routledge.
- Pandolfi, Mariella (2007). Memory within the body: Women's narrative and identity in a southern italian village. En Lock, Margaret y Farquhar, Judith (Eds.). *Beyond the Body Proper: Reading the Anthropology of Material Life*. Duke University Press.
- Penniket, Priscilla (2022). *What do psychodynamic therapists need to know when working with clients who are Sex Workers (CSW)?* [Master's thesis] Goldsmiths University of London (no publicada).
- Piña Narváez, Iki Yos (2021). Guaichía time. En Indigenous Action Media; Iki Yos Piña Narváez y Yásnaya Aguilar Gil (Eds.). *Futuro Ancestral. Tiempo no blanco*. OnA Ediciones.
- Platero Méndez, Lucas R. (2014). *Trans*exualidades*. Edicions Bellaterra.
- Raha, Nat (2015). The Limits of Trans Liberalism. Versobooks.com (blog), September 21. www.versobooks.com/blogs/2245-the-limits-of-trans-liberalism-by-nat-raha
- Raha, Nat y Rosenberg, Jordy (2021). A Queer Marxist Transfeminism: Queer and Trans Social Reproduction. En J. J. Gleeson y E. O'Rourke (Eds.). *Transgender Marxism* (pp. 85-115). Pluto Press.
- Romero Bachiller, Carmen y Platero, Lucas (2012). Diálogos interseccionales sobre lo butch/femme, las diásporas queer y lo trans. En Platero, Lucas (2012). *Intersecciones: Cuerpos y sexualidades en la encrucijada* (pp. 159-198). Edicions Bellaterra.
- Rubin, Gayle (2022). The Feminist Sex Wars: A Retrospective by Gayle Rubin. Conferencia 7/4/2022 para la inauguración de "Radical Desire:

- Making On Our Backs Magazine", Kroch Library, 2B48 Olin Library, Ithaca, NY 14850, USA. ONLINE: <https://www.youtube.com/watch?v=DWjqeAarm2I&t=922s>
- Ryan, Maura (2009). The Shimmy Shake Protest: Queer Femme Burlesque as Sex Positive Activism. En Clare Burke, Jennifer (Ed.). *Visible. A Femmethology*, 1. Homofactus Press. 75-88.
- Sandoval, Chela (1995/2004). Nuevas ciencias. Feminismo cyborg y metodologías de los oprimidos. En VV. AA (2004). *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*. Traficantes de Sueños.
- Sedgwick, Eve Kosofsky (2003). *Touching Feeling: Affect, Pedagogy, Performativity*. Duke University Press.
- Serano, Julia (2007/2020). *Whipping Girl. El sexismo y la demonización de la feminidad desde el punto de vista de una mujer trans*. Editorial Ménades.
- Stoljar, Natalie (2000). Autonomy and the feminist intuition. En Mackenzie, Catriona y Stoljar, Natalie (2000). *Relational Autonomy. Feminist Perspectives on Autonomy, Agency and the Social Self* (pp. 94-123). Oxford University Press.
- Striker, Susan y Whittle, Stephen (2006). *The Transgender Studies Reader*. Routledge.
- Stuart Mill, John (1869). *The Subjugation of Women*. Longman. recuperado de Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes como *La esclavitud de las mujeres*. https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-esclavitud-femenina--0/html/fefa4632-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html
- Subrat, Piro (2019). *Invertidos y rompepatrias. Marxismo, anarquismo y desobediencia sexual y de género en el Estado Español (1868-1982)*. Imperdible Editorial.
- Travelqueers (2016). Daniel's, el primer bar para lesbianas de Barcelona, TV3 Televisió de Catalunya.

Wittig, Monique (1969). *Lès Guerrillères*. Les éditions de Minuit.